

Querido Diario (Natacha)

Luis Pescetti

Ilustraciones de Pablo Fernández

loquele_o

*Para la vieja, la vecha, la veia, Elsa,
con todo el amor de quienes así la llamamos.*

EXPLICACIÓN DE UN DILEMA (PRÓLOGO UNO)

Natacha no sabía que Virginia Woolf había dicho que, para escribir, toda mujer necesita dinero y un cuarto propio, por lo tanto sólo quería un cuarto propio.

En un diario asoma el intento de construir la intimidad, el encuentro con uno mismo y con las propias experiencias. Uno mantiene diálogos, pero interiores.

Aprender a estar a solas, sin ser un naufrago, y lograr que las voces que acudan a esa soledad sean compañeras.

Poder cerrar la puerta, y no sólo a otras personas, sino también a los miedos, a las amenazas imaginarias. Estar amigablemente a solas.

Pero, ¿cómo conseguir privacidad cuando uno quiere que lo miren?

Natacha se enfrentaba a ese dilema: ¿cómo tener privacidad, y sentirse querida todo el tiempo? ¿Cómo tener un cuarto propio, con una puerta que ella cierra cuando lo desea, pero no sentirse sola en el universo?

¿Cómo resuelve esto? Muy sencillo: debe lograr un lugar lejos de la mirada de sus padres, sobre todo de su mamá, pero sin que su mamá deje de mirarla. Y listo.

Y, desde el lugar de la madre: ¿cómo aguantarse que la hija, el hijo, encare semejante paso? ¿Cómo hacer para no ofrecerle un tecito, cuanto menos? ¿No querés un vasito de agua? ¿Un sandwichito?

Nada fácil pero, como todo, en algún momento comienza.

QUERIDO DIARIO

—¡Mamá! ¡No vengas que voy a empezar a escribir un diario! (*desde su cuarto*).

—¡No te oigo, mi amor! (*desde el lavadero*).

—¿Qué dijiste?

—Esperá que se apague el lavarropas, que ya termina.

—¡No te oigo, mamá!

—¡Natacha! ¡No sigas hablándome! ¡No se oye nada con este aparato!

—¡Ay, mami, no se oye nada con el lavarropas!

—(*¿Qué querrá, por favor?*) ...

—¡Dejame que tengo que empezar el diario! (*¿Qué me estará diciendo?*).

—Ya termina, ya termina, ya termina, ya terminaaaaaaáp, terminó (*tono jugando*).

—No vengas, mami, eh; que tiene que ser secreto (*desde su cuarto*).

La madre asoma en la puerta del cuarto de Natacha.

—¿Qué querías, pichona?

—¡Ay! ¿No te digo? ¡Viniste! (*tapándose la cara con las manos*).

—Si me llamabas, Nati.

—No, mami; te decía que no vengas, que no-ven-gas.

—Yo-ya-no-es-ta-ba-vi-nien-do, porque estaba lejos con la ropa, Nati. Además, cuando uno quiere estar solo no llama a los demás.

—Yo te avisaba, no te llamaba.

—¿Cuál es el secreto?

—Uno, mami, no te puedo decir, que voy a empezar mi diario, y no lo pueden ver, ni vos ni papi.

—¡Qué hermoso, mi amor! (*se emociona*).

—Ni el Raffles lo va a poder ver... bah, si yo quiero leerle un poco sí, pero ustedes no.

—Me encanta que hagas eso, yo cuando era chica también escribía uno...

—¿En serio? (...*humito pif, desilusión*).

—Pero no te lo voy a mostra-a-ar, no no.

—¡Ah, qué viva que sos, mami! ¡Yo no dije que no te lo iba a mostrar nunca! ¡Es secreto pero si quiero te lo muestro!

—No, porque ahí vos tenés que escribir tus cosas; no es para que lo leamos papi o yo.

—Bueno, pero si un día quiero se los muestro; no seas egoísta, mamá.

—(Ay...) No soy egoísta, mi amor, te cuento que yo al mío...

—¡Qué me importa tu diario! ¡Sí sos egoísta! ¡Porque ni lo querés mirar a mi diario! (ojos finitos).

—¿No era secreto, tu diario?

—¡Qué va a ser secreto, si ni pude empezar porque viniste, mamá!

—(Mal día) Bueno, yo me voy, sigo con mis cosas... Nati, si precisás algo me llamás, ¿sí?

—Pero si te digo que no vengas, no vengas.



La mamá regresa al lavadero. Natacha abre su cuaderno, y piensa.

Piensa, piensa, piensa.

Mira hacia la ventana.

Piensa.

De lejos se oye que el lavarropas comienza a centrifugar.

(¡Ya sé!)

Querido diario:

hoy empiezo a escribir un diario.

Bueno, listo, sigo otro día.

Firma: Natacha adorada.

—¡Mami, vení!